

lentos de homenajes, y los trasladaremos á nuestra posteridad con nuestros propios tributos; pues bien, al consignarse el nombre de Humboldt en la historia contemporánea, seamos los primeros en mostrarle nuestra admiración, para que las demás generaciones vengan solamente á agregar sus ofrendas á las que nosotros le hemos ofrecido.

Presentémosle, pues, nuestros más rendidos homenajes de admiración, y recordemos que cuando á este grande genio se le citaba el nombre de México, demostraba con palabras llenas de efusión todo el cariño que le profesaba: si somos capaces de admirar al genio, mostremos que somos también capaces como mexicanos de corresponder á los sentimientos de una alma grandemente generosa y noble. Esforcemos nuestra voz, y digámosle con el acento penetrante de la verdad: «Ilustre Alejandro de Humboldt, como individuos de la gran familia humana te respetamos; amantes de las ciencias te admiramos, y como mexicanos veneraremos tu memoria, y te ofrecemos que tu nombre quedará escrito con caracteres indelebles en las páginas más brillantes de los anales mexicanos de las ciencias.»

NUMERO 4.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL C. JOSÉ BUSTAMANTE, REPRESENTANTE DE LA ESCUELA ESPECIAL DE INGENIEROS, EN LA SESION PUBLICA Y SOLEMNE QUE, EN HONOR DEL BARON ALEJANDRO DE HUMBOLDT, CELEBRÓ EL 14 DEL ACTUAL LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA.

SEÑORES:

El genio humano no retrocede nunca. El hombre lucha con denuedo por la conquis-

ta del mundo, que es su reino, y el progreso, es decir, la victoria, no solo va cubriendo su frente de laureles, sino que va poniendo en sus manos nuevas armas con las que continúa ese combate. La historia de las ciencias, que es la historia del hombre, está ahí como un obelisco formado con los trofeos de la victoria, y sobre cuyo elevadísimo remate se ve orgullosa la inteligencia humana. La historia de las ciencias, que es la historia del hombre, está ahí para demostrarnos que el genio es invencible, y que el movimiento intelectual que comenzó al levantar el primer hombre los ojos al cielo, ha sido hasta ahora y seguirá siendo progresivo y triunfal.

No hay necesidad de referirse á aquellas épocas tenebrosas en que la ciencia era un dogma, en que la enseñanza era propiamente, como lo ha dicho un escritor célebre, la tiranía del pensamiento, y de las que no debe hablarse sino como de los fósiles que sirven para determinar un período geológico; pero desde la edad de las leyendas, como puede llamarse aquella, hasta la del peso y la medida, como puede llamarse la actual, el espíritu filosófico y científico va saliendo de los mundos imaginarios del orientalismo, para venir á sentarse como rey y á dominar como soberano en el centro de la inmensa esfera de las ciencias modernas. Puede decirse que en aquella época primitiva, la ciencia, como el hombre, estaba sujeta á la fatalidad: la ignorancia lo petrificaba todo, y el mundo entero era víctima de una especie de encanto. Aquel fué, sin embargo, el principio de un movimiento intelectual que subsiste y que subsistirá mientras haya hombres, como la conquista más gloriosa de la inteligencia humana.

Es difícil ir marcando bien las distintas fases de este movimiento. Pero ya la Gre-

cia deificaba al saber, no solo en la figura mitológica de Minerva, sino en los liceos y en las academias. El paso gigantesco que dieron las ciencias, pasando de uno á otro hemisferio del mundo conocido entonces, simbolizaba apenas la transformación, también gigantesca, experimentada por los conocimientos de aquella época, al ser considerados bajo un aspecto filosófico diverso.

Este progreso no solo es efectivo y grande, sino glorioso, pues Roma, la que todo lo dominaba, rindió sus haces y sus armas á los pies de la sabiduría griega. Mas adelante, cuando el águila romana tenía entre sus garras al mundo entero, la ciencia también se hizo ciudadana de Roma, y cada obra de los romanos, en la época de la prosperidad de esta nación, es como una columna trajana levantada en honor de la ciencia y que acredita sus adelantos.

La ignorancia, blandiendo la espada de los bárbaros, penetra hasta el centro de aquel formidable sistema, y á la ciencia le toca entonces el papel de víctima. La ciencia, sin embargo, no se rinde, como Roma, á los bárbaros, sino que huye tímida de entre las armas para buscar y hallar refugio en los únicos santuarios para ellos inviolables. Aquella época romántica é interesante de la ciencia enclaustrada, debía terminar como terminó: la edad media tomó después, como todos saben, un carácter novelesco, carácter novelesco de que se contagió hasta el genio científico de aquella edad. Las ciencias de esta época no eran ya las ciencias del mago que se imponían, como un signo fatal, sobre la frente del iniciado: no eran tampoco la ciencia infusa, tal como la creía y la practicaba una escuela de las principales de la Grecia; pero eran todavía las ciencias ocultas, buscando la piedra filosofal y la panacea de todos los males.

Entre magismo y magismo no hay apa-

rentemente diferencia; pero, observando con imparcialidad y con filosofía el último período de la edad media, se notan los gérmenes científicos del actual período, se ve muy marcado su carácter y se hubieran podido predecir cuáles serían sus adelantos, como se puede asegurar cuál será el carácter dominante de la época científica que siga de la actual. En este período, el empirismo no solo ha muerto, sino que se le ha sepultado en el olvido: la historia natural y la historia humana, si bien no ocupan un rango eminente entre los conocimientos científicos, no son ya la primera una mentira y la segunda una leyenda, sino que ambas se han ocupado en recoger materiales preciosos: las matemáticas avanzan, aunque difícilmente, y sus aplicaciones se hallan en el mismo estado en que se encontraba la navegación cuando no se conocía la brújula. El estado intelectual de aquella generación podía considerarse, empero, no solo como un gran progreso, sino como el medio de realizar otros más grandes. Es cierto que en ese período los hombres buscan todavía, unos el remedio universal y otros el metal universal: la astrología considera al hombre como planeta en relación con los otros planetas: se creía que la naturaleza estaba sujeta, como á un yugo, á lo que se llamaba la escala de los números: aquella era la época del delirio, pero en medio de este se nota algo de verdad, y se observa que todo aquel fantástico edificio tiene, sin embargo, una real y sólida base. Aquí se ve que la observación, que la comparación, que la discusión, existían como antiguos aunque imperfectos instrumentos de la ciencia, y quitando aquellas exageraciones y aquellas locuras, las matemáticas no son, como al principio, la cábala que adivina, sino la ciencia que demuestra: la alquimia ya no busca un oro cuando tiene tantos, y la as-

tronomía se reduce á buscar las relaciones de los astros entre sí, pero no con nuestra naturaleza moral, astro que se mueve en muy distinta órbita. La observación y la experiencia, la discusión y el exámen, son los únicos medios para conocer los secretos de la naturaleza: es necesario ver para prever, como ha dicho el fundador de una escuela filosófica moderna.

Consecuencia y aplicación de este principio, fueron los adelantos científicos que se alcanzaron al fin de la edad media y que sirven de base á los adelantos de la época. Mientras la astronomía quiso ver en el cielo, escritas con estrellas, sentencias favorables ó adversas, no tenía mas instrumento que el gnomon, y se hallaba á ciegas: mientras la alquimia quiso sacar oro, no hizo mas que consumirlo: cuando se quiso que las matemáticas fueran como un telescopio, para divisar el porvenir, el álgebra no podía resolver mas que las primeras ecuaciones; y la inteligencia, con las alas rotas, se debatía entre dificultades al parecer insuperables. Un paso mas, y aparecen dentro de un período relativamente corto y pudiendo considerarse como simultáneos, el microscopio y el telescopio, es decir, la análisis y la síntesis con sus mas poderosos instrumentos, y al mismo tiempo que para el ojo, aparecen para la inteligencia otro microscopio y otro telescopio de muy distinta especie en el cálculo infinitesimal que expone entonces sus brillantes teorías, y en el álgebra superior que descubre y abre nuevos horizontes á la inteligencia humana. El universo entero quedó sometido desde entonces al exámen, á la discusión y al cálculo, y los dominios de la ciencia se extendieron desde el astro que se pierde en la inmensidad hasta el infusorio que se pierde en esa otra inmensidad que se llama la nada.

Entonces comienza propiamente la época de la ciencia moderna. Con los nuevos instrumentos y con los nuevos recursos científicos, puede decirse que el hombre se hallaba en el centro de un mundo distinto, y estudiar y conquistar este mundo como se había conquistado el antiguo, era la tarea reservada al hombre. Las inteligencias notables con que se abre el presente período científico, inician el gran movimiento, la actividad de espíritu que, según Humboldt, caracteriza al presente siglo; y la primera consecuencia es acabar de separarse de ese mundo abstracto que nos detiene como un fantasma, estando el progreso de las ciencias, como lo dice el mismo autor, en el contacto con el mundo exterior.

Hémos aquí, señores, á la altura de las ciencias modernas. Pero cada período mitológico de los recorridos en la historia de las ciencias, presenta un símbolo que personifica perfectamente á la inteligencia humana. Cada período mitológico de estos presenta un Hércules; y Aristóteles, de quien se dice que nadie ha ejercido mejor influjo que él sobre la humanidad, pues dominó en todos los ramos del saber humano, representa legítimamente el genio del hombre en la ciencia antigua; Galileo, á quien con razón se considera como el fundador de la filosofía de las ciencias, representa á la ciencia en el otro período; Humboldt, á quien se llama justamente el hombre mas sabio del siglo XIX, personifica y simboliza la inteligencia de la actual generación, y merece el nombre de Hércules de la ciencia moderna.

Aristóteles, Galileo y Humboldt caracterizan perfectamente la época científica en que les tocó figurar, porque el genio de cada uno de esos hombres puede decirse que es el dominante en cada uno de los períodos principales de la historia de los cono-

cimientos humanos. La aspiración del presente siglo, tratando de unir todos los ramos de la ciencia en una síntesis poderosa de la que se sirve como de una palanca para mover el mundo, como dice Loménie: puede decirse que en estas cuantas palabras está trazado el cuadro de la vida de Humboldt.

Basta recorrer, siquiera de prisa, la vida de este grande hombre, para convencerse de esta verdad.

La Alemania, la patria de las grandes ideas y de los grandes sentimientos, fué la patria del sabio viajero que vió la primera luz en Berlin el 14 de Setiembre de 1769. Imposible hubiera sido que su padre, chambelan del rey de Prusia, se figurara tener en sus manos al que, con el tiempo, sería considerado como héroe de la ciencia moderna. Pero hay familias privilegiadas: la de Humboldt no solo tenía al que había de ser despues el célebre Alejandro Enrique, sino que al lado de este crecía Guillermo Humboldt, el que, andando el tiempo, sería el lingüista afamado, el filósofo profundo y el orientalista sin rival. «Estas son mis joyas» podía decir la madre de los Humboldt, como la madre de los Gracos; joyas que son ahora, no solo de una familia, sino de una generación.

Aquellos dos genios vivían ligados por el amor fraternal mas tierno, encargándose la educación de pulir y abrillantar aquellas raras inteligencias. Por poco tiempo vivió al lado de sus hijos el chambelan Humboldt, y la viuda de este procuró entonces dirigirlos á estudios profesionales en armonía con su índole y con sus inclinaciones. La universidad de Francfort primero, y despues la de Göttingue, abrieron sus puertas al jóven Alejandro, á quien la casualidad puso en contacto entonces con Forster, quien había acompañado al capi-

tan Cook en una de sus expediciones. Desde aquel punto, Humboldt fué viajero: aquellas impresiones juveniles decidieron, como él mismo lo dice, de toda su existencia, y todo su anhelo fué visitar las regiones tropicales que le seducían por las descripciones que hacia de ellas su amigo Forster. Resuelto á viajar desde entonces, pues el mundo de los libros le parecía estrecho, comenzó á hacerlo por las orillas del Rin, y á aquel viajero, á aquel observador de veintiun años, se debe desde entonces una obra «Sobre los basaltos del Rin, con investigaciones sobre la sienita y el basanita de los antiguos.»

No abandonaba entretanto el estudio. Dotado de disposiciones universales, se perfeccionaba á la sazón en el de las lenguas muertas y vivas, sin dejar, por supuesto, los estudios científicos de otro carácter, pues todos, como él dice, se unen y se sostienen recíprocamente. En 1791 se dirigió á Freyberg á recibir las lecciones del mineralogista Werner, y en aquel punto encontró á Leopoldo de Buch, el naturalista distinguido que despues fué su compañero y á nuestro compatriota D. Andrés del Rio, uno de los fundadores de este establecimiento. Abrazaba ya en su estudio sintético los ramos todos de la historia natural, cuando fué promovido al honorífico empleo de director general de las minas, valiéndose de cuyo carácter se dedicó á observaciones y á estudios subterráneos de mucha importancia. Los descubrimientos de Galvani abrieron á la inteligencia de Humboldt un nuevo campo, y dejando los subterráneos de Freyberg, se dedicó á los estudios fisiológicos, á fin de investigar los secretos de la naturaleza viviente.

En uno de los viajes de Humboldt con motivo de una misión diplomática del gobierno de Prusia, se encontró en Jena con

Goethe, con ese viajero, con ese observador del mundo ideal. Debe haber sido brillante el contacto de aquellas dos inteligencias, y el mundo debió asombrarse al ver juntos á aquellos dos hombres colosales, al primer sabio y al primer poeta del siglo.

Pero su pasión dominante eran los viajes. Para emprenderlos con fruto no solo resignó sus funciones públicas, sino que abandonó por de pronto los estudios políticos que hacia entónces bajo la dirección de Hardenberg, y marchó á Italia á estudiar los volcanes en actividad, volviendo á Alemania á continuar sus observaciones sobre varios puntos interesantes de la meteorología, y sobre la palpitante cuestión de la irritación muscular y nerviosa. El afecto que tenia por su hermano Guillermo, á quien adoraba, le obligó á partir á Francia, teniendo también la mira de proveerse de instrumentos científicos para un viaje al Oriente, á donde, según la expresión de un hombre célebre, debe ir á buscarse la gloria. Las academias francesas le abrieron sus puertas de par en par, como correspondía á su talento y á su saber; pero no hay necesidad de seguirle en el camino de los triunfos y de las ovaciones, acompañándole más bien en su viaje á España, donde hizo, como en todas partes, estudios y trabajos geográficos de mucha estima. El rey Carlos IV, mirando que la corona del saber de Humboldt valía más que la suya, y atendiendo á las insinuaciones de su ministro Urquijo, le dió amplias recomendaciones para que visitara las colonias españolas, estas mismas colonias in-comunicadas entónces con el extranjero, y que hoy, como naciones soberanas, se inclinan respetuosamente ante la memoria de aquel grande hombre.

El viaje de Humboldt y de Bonpland á América parece una leyenda. Parecen

una exageración y una mentira todos los trabajos de aquellos grandes hombres en este continente, y se tendrían por fantásticos sus viajes, si no estuvieran á ciencia cierta probados, si no existieran los resultados científicos de aquellos viajes. Se les ve penetrar en los cráteres de los volcanes; andar entre las quebraduras de las sierras y pasar después de montaña en montaña; se lanzan en seguida á hacer el viaje verdaderamente mitológico del Orinoco, y después de examinar desde las nubes hasta las profundidades de aquellas regiones, después de observar las maravillas de la creación en aquella parte, descienden á estudiar los restos de la civilización muerta de los peruanos y de los muisecas.

Después de este, es el viaje de Humboldt á México. Desde su desembarco en Acapulco el 13 de Marzo de 1803, hasta su salida del país por el puerto de Veracruz en Febrero de 1804, no hay momento que no se consagre por Humboldt, tanto al adelanto de las ciencias como al servicio del país. Sus escritos sobre México, sus trabajos sobre México, sus ideas sobre este pueblo que fué desde entónces su favorito, sirven de base para todos los trabajos mexicanos que se han emprendido y para los que deben aún emprenderse; él puso la primera piedra de nuestra estadística; él hizo dar los primeros pasos á nuestra geografía; él adivinó el porvenir del país, fijándose en su posición interoceánica, y diciendo que el camino del interior era el camino del Asia, y el de Veracruz era el de Europa; él llamó la atención del mundo civilizado sobre nuestra agricultura y sobre nuestra minería; él se fija, por último, hasta en el menor detalle de la defensa militar del territorio, fundada en la configuración de este, que conocía tan bien, y al concluir su obra monumental sobre México, habla de la educación de

los indígenas, como de la base más firme para la libertad de esta nación. No solo eso: su mirada no solo abarca el presente y el porvenir de México, sino que penetra hasta su pasado, estudiando, por medio de la arqueología, la civilización de piedra del México antiguo, esa civilización que pereció ahogada en el torrente de sangre de la conquista. Con sus trabajos arqueológicos, geográficos y estadísticos, no solo funda realmente estas ciencias en el país, sino que sirve de antorcha á historiadores como Prescott, á quien escribe después con este motivo, gloriándose de llamarse ciudadano de México. Y ciudadano de México era de veras quien tenía prestados servicios tan grandes á este país, el que sufría con los sufrimientos de este pueblo, el que hablaba con un mexicano durante la época de la dominación de Santa Anna anhelaba y predecía el triunfo de la revolución; el que deseaba, por último, que la felicidad de México descansara sobre instituciones sabias y libres.

De vuelta á Europa, sus trabajos científicos que hubieran necesitado la dedicación de la vida de muchos sabios, no le distraían, sin embargo, del proyecto de nuevos viajes y de llenar comisiones importantísimas del gobierno prusiano, quien se sirvió del prestigio del sabio barón en muchos negocios delicados. Realizó, entre otros, el viaje á los montes Urales y al Asia central, viaje muy parecido al de América, y para las ciencias tan fecundo como aquel. Enamorado, como él decía, de la ciencia, haciendo observaciones todos los días, escribiendo constantemente, aquel hombre prodigioso no conocía el descanso, y no hay ramo de la ciencia que no haya explotado.

Al lado de los hombres especiales, al lado de las verdaderas notabilidades y riva-

lizando con ellas, es poeta con Schiller, y arrebatador en sus "Cuadros de la Naturaleza;" es filósofo que no se pierde, como Hegel, en las nubes de lo subjetivo, sino que funda la filosofía de la observación, del cálculo y de la experiencia, que puede llamarse el occidentalismo, físico que trabaja con Gay-Lussac, naturalista compañero de Ehrenberg, astrónomo que discute con Arago, arqueólogo, político que trabaja por la libertad del hombre, diplomático que figuró ventajosamente en Londres en el congreso de Verona, y consejero privado del rey Federico Guillermo. En medio de tanto, en correspondencia con algunos reyes de Europa, con los ministros de casi todas las cortes, con todos los sabios de la época, y con su amigo el distinguido escritor Varnhagen von Ense, á quien comunicaba sus secretos más íntimos; allí en su escritorio, rodeado de sus apuntes y de sus recuerdos, trasportándose ya á la América, ya á la Asia; representándose aquí un monumento arqueológico, allá la pendiente de una montaña, allí como dice Varnhagen, en aquella mansión que era como el pináculo de su gloria y rodeado de las armas y de los trofeos de la ciencia, meditaba y escribía su obra el *Cosmos*, el producto más grandioso de la inteligencia en este siglo.

El *Cosmos* es como la bóveda del templo del saber humano. El *Cosmos* es la síntesis, la síntesis de hierro, sometiendo á un sistema racional y completo cuanto existe creado, desde el infusorio, límite de la existencia real, hasta la nebulosa, germen acaso de otros soles y de otros sistemas. La concepción, la idea del *Cosmos* admira, su realización sorprende. El *Cosmos* descifra en parte ese inmenso jeroglífico conocido con el nombre del universo físico.

¿Qué elogio más grande para Humboldt

que la relacion, siquiera pálida, como he podido formarla, de sus grandes hechos representando, aunque indignamente el primer establecimiento científico de la república? ¿Qué gloria mas resplandeciente que la que le circunda, rodeado de sabios, y objeto de la admiracion de estos, por sus notables obras? Cuando Humboldt muere; cuando se apagó aquella inteligencia para la cual puede decirse que la naturaleza no tuvo secretos; cuando se cerraron aquellos ojos que presenciaron tantas maravillas; cuando el mundo científico se arrodilló delante de aquella tumba; cuando mi patria, la nacion que abre los brazos á todo lo que es grande, llegó, no la última, con su pabellon tricolor chorreando la sangre de la guerra civil, á llorar sobre los restos de su hijo benemérito; cuando se decretan, en honor de este, en todas partes, estatuas y monumentos, ya las ciencias modernas habian sentido el impulso poderoso que las hizo adelantar tanto, y el carácter filosófico que en ellas domina. La ciencia moderna no ha tenido que ir á derramar lágrimas sobre aquel sepulcro, sino á recoger los últimos trabajos del grande hombre, trabajos que sirven, no solo para coronar el actual período científico, sino para dar principio á uno nuevo que será seguramente el de las ciencias comparadas. Sobre su tumba ha dejado Humboldt para ese período, datos relativos á la geografía de las plantas, á la influencia recíproca de las costas y de los continentes, á la zoología y geología comparadas, á la hidrografía terrestre y marítima.

Para el hombre que simboliza, como Humboldt, la inteligencia de su época, para el sabio que domina los ramos todos del saber humano, para el pensador enérgico que les imprime su carácter filosófico y profundo, para el genio que marcha á la cabeza del

movimiento de su siglo, para quien se corona, como él, con una obra como el *Cosmos*, y todavía al encerrarse en la tumba reina despues de muerto, y deja trazada, en parte, por decirlo así, la órbita en que seguirá moviéndose, por algun tiempo, el genio humano; para perpetuar la memoria de este hombre singular, el mármol y el bronce de que se hicieran sus monumentos se verian pobres como el barro al lado de la gloria á que se dedican: no, la estatua digna de Humboldt la forman las ciencias todas unidas y elevadas hasta la altura á que las llevó su genio: la admiracion de la generacion presente y de las venideras, ese es el pedestal.

DICE.

NUMERO 5.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. D. IGNACIO RAMIREZ, MAGISTRADO DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA Y SOCIO DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA, EN LA SOLEMNIDAD DEL 14 DE SETIEMBRE DE 1869.

SEÑORES:

En la fiesta secular que hoy se inaugura, manifestaré, en pocas palabras, lo que se me alcanza acerca de la influencia que la geografía de la nacion mexicana reconoce á los inmortales trabajos de Humboldt. La Sociedad, que con ese objeto me ha concedido el alto honor de ocupar esta tribuna, no me ha escogido, en verdad, como el mas digno intérprete de su sabiduría, sino ántes bien, segun comprendo, desea contemplar vivamente reflejado su entusiasmo por los hombres ménos favorecidos por la ciencia; yo no vengo, pues, á tomar la medida de la gloria, sino á ofrecerle incienso.

¿Qué clase de revelaciones sobre la Nue-

va-España escuchaba de la geografía el impaciente siglo XVIII? Fué Hernando Cortés el primero que en sus cartas á Carlos V, y no desconociendo los planos aztecas, ensayó describir la tierra que empapada en sangre abandonaba sin piedad al incendio; marcó indeleblemente con su espada ciudades, montes y ríos; y turbó las aguas del Pacífico; y, con la balanza del botin, valorizó y distribuyó el oro, la plata, las piedras preciosas, las riquezas fabulosas de las naciones conquistadas: otros soldados lo imitaron.

No tardó el clero en monopolizar esa fecunda tarea. Las necesidades de la conquista espiritual eran mas exigentes en conocimientos científicos que la aventurera codicia de los guerreros; se aprendieron los idiomas para imponer dogmas, leyes y costumbres á los vencidos; se estudió la religion nacional para traducirla al cristianismo; se adoptaron las plantas medicinales y las alimenticias que suplían la escasez en los envíos de Europa; agotados los metales preciosos en las arcas públicas y particulares de los aztecas, se buscaron en las minas; se trazaron caminos y se levantaron fortalezas; y el imperio de Moctezuma apareció distribuido en colonias militares y eclesiásticas.

Una tercera entidad, la autoridad civil, por medio de los ayuntamientos, de los tribunales y de las oficinas de hacienda, se sobrepone, se dilata, y por el camino de sus exigencias dirige con mayor acierto sus estudios geográficos y estadísticos.

Otras personas, otras corporaciones, entretanto, no con la independencia de la sabiduría, sino obsequiando los deseos de la autoridad, no han cesado de contribuir con sus luces á la perfeccion científica de que el sistema colonial fué susceptible; así figuran los marineros, los arquitectos, los ingenieros de minas y los médicos: en muy pocos de ellos

se descubre, fuera de la práctica de una profesion, el noble arrojo de ensancharle sus horizontes para dominarlos en alas de la fama. Algunas corporaciones, en informes bien meditados, no cuidaban sino de salvar sus intereses amenazados por las garras del fisco.

Existieron, no hay que desconocerlo, algunas obras inspiradas por el noble y puro amor á la ciencia; pero ellas no eran sino la recopilacion de los trabajos indicados; representaban las maravillas de la naturaleza y los fenómenos sociales, como habian sido vistos por el conquistador, por el misionero, por el alcalde, por el minero, por el comerciante y por el piloto. Alcedo es bastante para atestiguarlo; á fines del siglo pasado publicó su Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales. En ese monumento respetable no llegan á 150 los lugares inscritos con su longitud y latitud; apenas llenarán ese número las plantas descritas conforme al sistema de Lineo, comprendiendo entre ellas las sustancias vegetales que se han popularizado en el comercio; se contienen relaciones de los emperadores aztecas, de los vireyes y de los obispos y arzobispos; se aventura el número de indios, españoles y razas cruzadas; se habla por mayor de vegetales, animales, montes y ríos; y el autor es sóbrio en la narracion de leyendas y milagros.

La obra de Alcedo no es la enciclopedia de América en el siglo pasado, pero contiene la mitad de los conocimientos españoles sobre el Nuevo Mundo. Así en las colonias como en Europa, genios privilegiados se empeñaban en aplicar algunos de los principios que nacian á un país donde la inquisicion y el despotismo dominaban; en las colonias el temor se oponía á las mas inocentes tentativas; en Europa las hipótesis se extraviaban por faltarles la luz de la experiencia. El continente que lleva tres siglos de haber sido des-